

mi vida; yo tenia fe y habíala encontrado con todos los consuelos, con todas las evidencias, con todas las certidumbres donde me habian dicho que la encontraria. “¡Vengan pues, sobre mí, borrascas y desgracias! con ese signo venceré;” decíame yo en mi mente contemplando el crucificado.

Y cuando levantando la mano sobre mi cabeza, el ministro del Señor profirió con grato y grave acento las palabras sacramentales de la misericordia y del perdon, inclinéme mas de lo que estaba, estremeciéndome de júbilo. Adoré el inesplicable secreto de la clemencia divina y comprendí que me podia perdonar Dios porque sentí que estaba perdonado.

El dia siguiente Gustavo, Adolfo é Isabel, condujéronme, bendiciendo á Dios, al banquete celestial de la reconciliacion. Celebróse esta ceremonia durante la octava de Pascuas, en la santa basilica de Santa Maria la Mayor. ¡Jesus, Salvador mio, tened conmisericacion, por vuestra grande misericordia, de mí que tan indigno soy de tantas gracias, y de todos aquellos por quienes oré aquel dia!

### ALFONSO RATISBONA.

ALFONSO MARIA RATISBONA era un jóven israelita de una posicion elevada, de una brillante educacion, criado en las preocupaciones del judaismo, y animado de un odio violento en contra de la religion católica. Repentinamente este jóven cayó de rodillas en uno de los templos de Roma, pidiendo que se le administrase el santo sacramento del bautismo.

Este prodigioso suceso, que reproduce en la memoria aquel que se consumó en el apóstol de las naciones cuando iba por el camino de Damasco, fué declarado en Roma *verdadero é insigne milagro* por un rescrito de 3 de junio de 1842.

He aquí como este nuevo y fervoroso católico da a saber los pormenores y las circunstancias de aquel prodigio de la gracia.

“Si no hubiese de referiros mas que el hecho de mi conversion, una sola palabra bastara: el santo nombre de *Maria*; empero se me piden otros hechos; quiérese saber cómo este antiguo hijo de Abraham encontró la vida, la gracia y la felicidad en Roma. Voy pues, invocando primeramente el auxilio de mi celestial Ma-

dre, á manifestaros sinceramente todos los actos de mi vida.

“Mi familia es bastante conocida por la razon de que es rica y benéfica, motivos por los cuales ocupa, desde hace mucho tiempo, el primer lugar en la Alsacia. . . .

“Empecé mis estudios en el real colegio de Estrasburgo, donde hice muchos mas progresos en la corrupcion del corazon que en la instrucion de la inteligencia.

Erase el año 1825; nació el 1.º de mayo de 1814; en aquella época acaeció un suceso que dió un fuerte golpe á mi familia. Mi hermano Teodoro, en quien se fundaban grandes esperanzas, declaróse cristiano, y poco después, á pesar de las vivas instancias que se le hicieron, no se limitó al pesar que nos habia ya ocasionado, sino que se hizo sacerdote y se puso á ejercer su ministerio á la vista de mi inconsolable familia y en la propia ciudad en que morara. A pesar de que era yo muy jóven, indisputable contra mi hermano aquella conducta que observara, é inspiróme odio el traje que vestia y la carrera que habia adoptado. Criado en medio de jóvenes cristianos tan indiferentes como yo, no habia sentido hasta aquel momento ni simpatía ni antipatía hácia el cristianismo; pero la conversion de mi hermano, que yo consideraba como una inexplicable locura, me hizo creer en el fanatismo de los católicos y me inspiró horror hácia ellos.”

Después de relatar el señor Ratisbona la vida totalmente mundana que pasaba, y de hablar de la seguridad en que estaba de ser dichoso en virtud de un enlace matrimonial que proyectaba, continúa expresándose en estos términos:

“Solo habia en mi familia un individuo á quien odiara, y este era mi hermano Teodoro. El sin embargo nos amaba, empero repugnábame su hábito, disgustábame su presencia y la seriedad y gravedad de sus palabras infundíanme ira. Un año antes de mis esponsales, no pudiendo ya contener mi resentimiento, manifestéelo en una carta que le dirigí, la cual debió romper para siempre toda relacion entre nosotros; hé aquí lo que me impulsó á dar este paso. Hallándose un niño enagonia no temió mi hermano Teodoro solicitar abiertamente de sus padres el permiso de bautizarle, y acaso se estaba disponiendo á hacerlo cuando llegó á mi conocimiento. Considerando aquel proceder como una indigna cobardia, escribí al sacerdote diciéndole que se dirigiese á hombres y no á niños, y hube de acompañar estas palabras con tantas inyecciones y amenazas, que hoy todavía me causa asombro que no contestase á ellas una sola palabra mi hermano. Continuó sus relaciones con los demas individuos de mi familia, y en cuanto á mí no quise ya verle; alimentaba un vehemente odio contra los sacerdotes, las iglesias, los conventos, y especialmente en contra de los jesuitas cuyo simple nombre me ponía furioso.”

“Afortunadamente ausentóse mi hermano de Estraburgo, circunstancia de que me alegré sobremanera. Llamábasele en París para emplearle en Nuestra Señora de las Victorias, donde no cesaría, decíanos despidiéndose de nosotros, de orar por la conversión de sus hermanos. Su ausencia me quitó del corazón un gravísimo peso, y me presté, à instancias de todos los de mi familia, à escribirle dándole aviso de mis esponsales y dirigiéndole unas cuantas palabras con el ánimo de disculparme. Contestóme cariñosamente, recomendándome sus pobres entre quienes en efecto mandé distribuir una corta suma.

“Después de esta especie de acomodamiento no tuve ya relacion alguna con Teodoro, ni volví à pensar mas en él; olvidábale yo. . . . ¡en tanto que él no dejaba de orar por mí! . . . .

“Juzgóse conveniente, en razon de la edad demasiado tierna que tenía todavía mi novia, diferir nuestro casamiento; no tenía ella mas que diez y seis años. Dispúsose que había yo de pasar viajando el plazo que se estipulara. No sabía hácia qué rumbo dirigirme; una de mis hermanas que estaba domiciliada en París, quería que fuese à vivir con ella; un excelente amigo que tenía me llamaba à España; resistíme à las instancias de muchos otros que en materia de viajes tenían formados deliciosos planes. Resolvíme por fin à poner en práctica el pensamiento que me vino de trasladarme directamente à Nápoles, de pasar el invierno en Malta para

robustecer allí mi salud que estaba un poco delicada, y regresarme después por Oriente; tomé cartas para Constantinopla, y me puse en camino à fines de noviembre de 1841. Debía estar de vuelta à principios del siguiente estío. . . .”

Después de una corta permanencia en Marsella, embarcóse el señor Ratisbona para Nápoles.

“Detúveme, dice, unos cuantos dias en Marsella, donde mis parientes y amigos me festejaron mucho à mi llegada; fuéme muy penoso arancarme de la exquisita hospitalidad con que se me acogiera. En efecto trabajo cuesta desprenderse de las playas de Francia, y particularmente cuando va à dejar uno tras sí toda una vida de cariño y tantos plácidos recuerdos. . . .

“Antes de llegar à Nápoles tocó el buque en Civita Vecchia. En los momentos de entrar al puerto oíanse disparar con estrépito las piezas de artillería de la fortaleza. Informéme con maligna curiosidad de la causa de aquel rumor de guerra en los pacíficos dominios del papa, y al decirseme que aquel saludo era en solemnizacion de la Concepcion de María, encogíme de hombros y no tuve voluntad de ir à tierra.

“El dia siguiente, al alumbrar un magnífico sol que centelleaba sobre la columna de humo que exhalaba el Vesuvio, llegamos à Nápoles. Jamás hubo espectáculo de la naturaleza que mas que aquel me deslumbrara. Entonces contemplé enagenado las imágenes que los artistas y los poetas me habian presentado del cielo.”

“Un mes pasé en Nápoles con el intento de verlo y escribirlo todo. Escribí especialmente en contra de la religion y de los sacerdotes, que en aquel venturoso país me parecían absolutamente inoportunos. ¡Ay cuantas blasfemias estampé en mi diario! Si de ellas hago mencion aquí es puramente para hacer ver el grado de depravacion al cual habia llegado mi ánimo. Escribí á Estrasburgo diciendo que en el Vesuvio habia bebido *lacrima Christi* á la salud del clérigo Ratisbona, y que lágrimas de aquella especie me hacian provecho. No me atrevo á transcribir aquí los horribles retruécanos de que me serví con aquel motivo.”

El señor Ratisbona estaba muy decidido á no ir á Roma; tenia poderosísimas razones para no emprender semejante viaje; sin embargo, sin que él pudiese saber cómo, salió de Nápoles y llegó á la precitada ciudad el 7 de enero, día de la festividad de los santos Reyes.

“Roma no produjo en mí, á los pincipios, la impresion que yo me esperaba. Tenia, por otra parte, tan pocos dias que dedicar á aquella excursion improvisada, que me apresuraba á devorar, por decirlo así, todas las ruinas antiguas y modernas que presenta la ciudad á la ansia de un viajero. Acumulábalas confusamente en mi imaginacion y en mi diario. Visitaba con una monótona admiracion las galerías, los circos, las iglesias, las catacumbas, en fin, las innumerables magnificencias de Roma. Las mas veces iba acompañado de mi inglés y de un

mozo de esquina; ignoro á qué religion pertenecian, porque ni uno ni otro manifestaron ser cristianos, en las iglesias, y si no me engaño me conducia en ellas con mayor respeto que ambos.

El 18 de enero, hallándome en mis correrias, oí, yendo por la calle, que alguien me llamaba; volvíme y ví que era un amigo de mi niñez, Gustavo de Bussiére. Alegréme de aquel encuentro, porque el aislamiento en que me hallaba me entristecia. Fuimos á comer á la casa del padre de mi amigo, y en el seno de aquella grata sociedad disfruté de un tanto de aquella alegría que sentimos ordinariamente en tierra extraña cuando en ella encontramos animados recuerdos del país donde nacimos.

“Al entrar en la sala de la casa de mi amigo, iba saliendo de ella el señor Teodoro de Bussiére, primogénito de aquella respetable familia. No conocia yo personalmente al baron Teodoro, pero sí sabia que era amigo de mi hermano y tocayo suyo; tambien sabia que en un tiempo habia profesado el protestantismo y que después se habia convertido al catolicismo, y esto bastó para que me inspirase una profunda antipatía. Parecíame que él en cambio me veia tambien con repugnancia.”

“Sin embargo, como el señor Teodoro se habia dado á conocer por medio de sus viajes á Oriente y á Sicilia, que ha dado á la luz pública, alegrábame mucho, antes de emprenderlos yo mismo, de estar en contacto con él para que

me hiciese algunas indicaciones; y ya por esta causa, ya por simple cortesanía, manifestéle la intencion de hacerle una visita; dióme una contestacion de exquisita finura, y agregó que acababa de recibir cartas del padre Ratisbona, y que me indicaria cual era la nueva residencia de mi hermano. Recibiré en hora buena vuestros informes, repliquéle, aunque no habré de hacer uso de ellos.

“En esto quedamos, y al separarme de él arrepentíme para conmigo mismo de la necesidad en que me habia puesto de hacer una inútil visita, y de perder de aquel modo un tiempo que tan gran falta me hacia.

“Proseguí recorriendo á Roma durante las horas todas del dia, á excepcion de dos que pasaba por la mañana con Gustavo y de las en que descansaba por la noche en el teatro ò en alguna tertulia. Mis conversaciones con Gustavo eran animadas, porque entre dos compañeros de colegio los mas leves recuerdos proporcionan una inagotable materia de risa y charla. Pero él era fervoroso protestante, y tan entusiasta como lo son ordinariamente todos los pietistas en Alsacia. Ensalzábame la superioridad de su secta sobre todas las demás sectas cristianas, y procuraba convertirme, lo cual sobre manera me divertia porque hasta entonces habia estado yo en la creencia de que la manía del proselitismo los católicos única y exclusivamente la tenian. Comúnmente le replicaba yo con chanzas, hasta que una vez, para consolarle de

las tentativas que vanamente hacia, prométele que si en algun tiempo me venia la gana de convertirme, me volveria pietista. Aseguréselo, y él, en cambio, me hizo la promesa de que asistiria á la celebracion de mi casamiento el mes de agosto. Las instancias que me hizo para que me detuviese en Roma mas tiempo del que yo me tenia señalado fueron inútiles. Los señores Edmundo Humann y Alfredo Lotzbeck, que eran tambien amigos míos, uniéronse á él para decidirme á que pasase el carnaval en Roma; pero no pude resolverme á ello temiendo incurrir en el desagrado de mi novia, y por la razon de que el señor Vigne me esperaba en Nápoles de cuyo punto debiamos salir el 20 de enero.

“Aprovechéme, pues, de las últimas horas que me quedaban de permanencia en Roma, para dar fin á mis excursiones. Fuíme al Capitolio y visité la iglesia de *Ara Cali*. El imponente aspecto de aquel templo, los cantares solemnes que en su vasto recinto retumbaban, y los históricos recuerdos que despertaba en mí la tierra misma que pisaba, todo aquello produjo en mí una impresion profunda. Estaba conmovido, penetrado, enajenado; y era tal mi turbacion que la echò de ver el mozo que me acompañaba, y mirándome con cachaza me dijo que mas de una vez habia observado igual emocion en los extrangeros que visitaban la iglesia de *Ara Cali*.

“Al bajar del Capitolio hizome atravesar el

Ghetto (barrio de los judíos) el cicerone que iba conmigo. Allí sobrecogiome una emocion totalmente diversa; eran lástima é indignacion á un tiempo. ¡Cómo! decíame yo al contemplar aquel espectáculo de miseria; ¿es esta la caridad de Roma que tan á voz en cuello ensalzan? Estremeciame de horror y preguntábame si por haber dado muerte á un hombre hace mil ochocientos años, merecia todo un pueblo tan bárbaro trato y tan interminables prevenciones... ¡Ay de mí! no conocia yo entonces todavía quien era aquél hombre; ignoraba el sanguinario grito que aquel pueblo lanzara... grito que no me atrevo á repetir, ni quiero tampoco reproducirlo. Prefiero recordar aquél otro exhalado en la cruz, que decia: *¡Perdónales, Dios mio, por que no saben lo que hacen!*

“Referí á mi familia lo que habia visto y sentido; me acuerdo de que dije en mi carta que queria mejor estar entre los oprimidos que encontrarme en el campo de los opresores. Volví al Capitolio y observé que habia mucho movimiento en Ara Coeli con motivo de una ceremonia religiosa que habia de haber el dia siguiente. Pregunté qué objeto tenian todos aquellos preparativos y contestóseme que eran para la ceremonia del bautismo que iban á recibir dos judíos, los señores Constantini, de Ancona. Imposible me seria expresar la indignacion de que me sentí poseido al oír proferir estas palabras; y cuando me preguntó mi guia si queria concurrir á la festividad le contesté exclamando;

“¡Yo asistir á tamañas infamias! ¡no, no! no podria dominarme á mi mismo y me precipitaria sobre los bautizados y los bautizadores.”

“Debo decir, sin temor de creer que exagero, que en mi vida habia estado mas irritado contra el cristianismo que desde que estuve en el Ghetto. No cesaba de proferir baldones y blasfemias.

“Entre tanto tenia que hacer algunas visitas de despedida, y la del baron de Bussiére presentábaseme incesantemente en el ánimo como una desagradable obligacion que espontáneamente me habia impuesto. Afortunadamente no le habia preguntado donde vivia, y esta circunstancia me parecia un motivo plausible para no cumplir con ella. Estaba contentisimo de haber encontrado aquel pretexto para no efectuar mi promesa.

“Estábamos á 15 y fuí á tomar mi asiento á la agencia de carruajes de Nápoles; estaba arreglado mi viaje para el 17 á las tres de la mañana. Quedábanme libres dos dias, y ocupélos en hacer nuevas excursiones. Pero al salir de una libreria donde habia visto algunas obras relativas á Constantinopla, encontréme en el *Corso* con un criado del padre del señor de Bussiére, quien, llegandose á mí, saludóme. Preguntéle donde vivia el señor Teodoro, y díjome con su pronunciacion alsacia: “Piazza Nicosia, número 38.”

“Fuéme pues preciso, mal de mi grado, hacer aquella visita, y sin embargo todavía estuve

pensando veinte veces en si por fin la haria. Decidime al cabo trazando un *p. d* en mi tarjeta.

“Púseme á buscar aquella plaza de Nicosá, y después de muchas vueltas y rodeos, llegué al número 38. La puerta de la casa del señor Teodoro era precisamente la contigua al despacho de las diligencias donde habia ido á tomar mi asiento aquel mismo dia. Mucho habia tenido que caminar para llegar al punto de que poco antes me separara; asemejábase aquel itinerario el de mas de una existencia humana! Pero del punto en que en aquella sazón me encontraba íbame á volver á apartar para seguir otro camino absolutamente diverso.

“Ocasiónóme mal humor mi entrada á la casa del señor de Bussiére, por que el criado, en vez de tomar de mi mano la tarjeta que le presentaba, me anunció y condujo á la sala. Disimulé mi desazón lo mejor que pude mostrándome risueño, y fuí á tomar asiento al lado de la baronesa de Bussiere, que estaba rodeada de sus dos niñitas que eran afables y graciosas como los ángeles, de Rafael. La conversacion, que á los principios habia sido vaga é insignificante, aminoróse en breve á consecuencia del apasionado relato que hice de mis impresiones de Roma.

“Consideraba yo al baron de Bussiére como un santurron y alegréme sobre manera de encontrar la oportunidad de mortificarle con motivo de la situacion en que vivian los judios ro-

manos. Esto mitigó un poco mi furia, pero mis quejas condujeron naturalmente la conversacion al terreno religioso. El señor de Bussiére me habló de las grandezas del catolicismo; contéstele yo con ironias y con imputaciones que con suma frecuencia habia leído ú oido, aunque puse freno á mi charla impía por respeto á la señora de Bussiére y á la fe de los tiernos niños que estaban jugando á nuestro lado. “En fin, díjome el señor de Bussiére; supuesto que detestais la supersticion, y que profesais doctrinas tan altamente liberales, supuesto que estais dotado de un entendimiento tan vigoroso é ilustrado, ¿tendreis valor para someteros á una prueba que es infinitamente inocente?—¿Que prueba es esa?— La de que lleveis en el cuerpo un objeto que voy á daros; ese objeto aquí lo teneis; es una medalla de la Santa Virgen. Os parece muy ridiculo ¿es cierto? pues bien, en cuanto á mí, estoy en mucho esta medalla.”

“Confieso que semejante proposicion me sorprendió por la pueril singularidad de ella; no esperaba aquella salida. Mi primer movimiento fué reirme encogiéndome de hombros; pero vino me á la mente la idea de que aquella escena proporcionaria un deliciosísimo capítulo a mis impresiones de viaje, y consentí en tomar la medalla, porque serviria como de documento justificativo que podria presentar á mi novia. Dicho y hecho; pusiéronme la medalla al cuello, no sin algun trabajo, porque el cordón de que pendia era demasiadamente corto y no me

entraba. Por fin, á fuerza de estirar aquí y allí, vínome á quedar la medalla al pecho, y entonces exclamé prorumpiendo en una carcajada: “¡Ea, ea! ya me tenéis ahí hecho todo un católico, apostólico y romano.”

“En aquellos momentos estaba haciendo el demonio una profecía por mis labios.

“El señor de Bussiére veía con sencillez que se iba á consumir su triunfo, y quiso alcanzar todas las ventajas que esperaba que de él resultarian.

“Ahora, me dijo, es necesario completar la prueba; tratáse de que receis á mañana y tarde el *Memorare*, que es una oracion muy corta y eficaz que dirigió á la Virgen María San Bernardo.—¡Y qué cosa es ese vuestro *Memorare*? exclamé; ¡dejémonos ya de necedades! es de saber que en aquel momento sentía que toda mi animosidad se reanimaba. El nombre de San Bernardo traíame á la memoria á mi hermano que habia escrito la historia de este santo, obra que nunca habia querido yo leer, y este recuerdo despertaba á su vez en mí todos mis resentimiento en contra del proselitismo, en contra del jesuitismo, y en contra de aquellos á quienes daba la denominacio de hipócritas y apóstatas.

“Rogué pues al señor de Bussiére que no prosiguiese adelante, y al paso que me burlaba de él sentía no tener alguna plegaria hebraica que ofrecerle para que fuese igual el partido; pero ni la tenía ni conocía ninguna.

“Entretanto mi interlocutor insistia; díjome que si me negaba á decir aquella oracioncita quedaria la prueba nulificada y con esto demostraria que era positiva la voluntaria obtencion que se echa en cara á los judios.

“No queriendo dar á aquello una importancia que en mi concepto no tenia, díjele: “En hora buena! os prometo que diré esa oracion; al fin, si no me hace provecho tampoco me habrá de hacer daño. “El señor de Bussiére fué á buscarla, y encargóme que la copiase. Consentí en ello bajo la condicion de que le dejaria mi copia y me llevaría su original. Mi pensamiento, al hacer esto, era el de enriquecer mis notas con aquel nuevo documento justificativo.

“Estabamos pues perfectamente satisfechos uno de otro; nuestra conversacion, despues de todo, habíame parecido extravagante, y divertíome. Nos separamos, y fuíme á pasar unas cuantas horas de la noche al teatro, sin acordarme del *Memorare* ni la medalla. Pero cuando me volví á mi casa encontréme con un billete del señor de Bussiére, que me habia venido á pagar mi visita, en el cual me brindaba á que le viese antes de mi marcha. Tenia yo que devolverle el *Memorare*, y como debia salir de Roma el dia siguiente, arreglé mis baules, hice todos mis preparativos, y me puse luego á copiar la oracion que estaba concebida en estos términos:

“Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen Maria! de



que jamás se oyó decir que alguno de los que recurrieran á vuestra proteccion, imploraran vuestro auxilio y solicitaran vuestro sufragio, se viese abandonado. Lleno de una plena confianza, vengo, ¡oh Virgen de las virgenes! á arrojarme á vuestros brazos, y gimiendo bajo el peso de mis pecados á vuestras plantas me prosterno. . . . ¡Oh Madre del Verbo! no desdñeis mis oraciones sino escuchadlas propicia y atended á ellas.”

“Copié maquinalmente estas palabras de san Bernardo sin casi meditar en ellas. Estaba cansado, era muy tarde, y necesitaba sosiego.

“El dia siguiente, que era el 16 de enero, mandé visar mi pasaporte y acabé de hacer mis preparativos de viaje; pero de paso, iba repitiendo sin cesar las palabras del *Memorare*. ¿Cómo pues, ¡oh Dios mio! se habian apoderado aquellas palabras tan viva é intimamente de mi ánimo? No me podia desprender de ellas, veníanseme sin cesar á la memoria y repetíalas continuamente como aquellos trozos de música que os acosan, que os impacientan, y que repetís en vos baja á pesar vuestro y por muchos esfuerzos que hagais para olvidarlos.

“A eso de las once dirigime á la casa del señor de Bussiére para devolverle su incomprendible plegaria. Habléle de mi viaje á Oriente, y me proporcionó excelentes datos.

“Pero, exclamó repentinamente, es extraño que os ausenteis de Roma en momentos en que todo el mundo viene á concurrir á las pompas

de San Pedro. Acaso nunca volveréis y sentiréis no haberos aprovechado de una oportunidad que tantos otros vienen á buscar con tanta curiosidad como ansia.”

“Contestéle que ya habia tomado y pagado mi asiento, que ya habia dado aviso de mi salida á mi familia, que me estaban esperando algunas cartas en Palermo, y en fin, que era demasiadamente tarde para que variase de intencion y que decididamente me marcharia.

“Este coloquio interrumpiólo el repartidor de la correspondencia que traia al señor de Bussiére una carta del padre Ratisbona. Dióme conocimiento de ella, y la lei aunque sin interés alguno porque solo hacia referencia de una obra religiosa que habia mandado imprimir en Paris el señor de Bussiére. Por otra parte ignoraba mi hermano que estuviese yo en Roma. Este inesperado episodio debia abreviar mi visita, porque me disgustaba hasta el más leve recuerdo de mi hermano.

“Sin embargo, por una incomprendible influencia decidíme á prolongar mi permanencia en Roma. Prestéme á hacer, á instancias de un hombre á quien apenas conocia, lo que habia obstinadamente rehusado á mis amigos y á mis mas íntimos compañeros.

“¿Cuál era pues, ¡oh, Dios mio! aquel irresistible impulso, que me obligaba á obrar de una manera á la cual mi voluntad se resistia? ¿No me movia en esto la misma mano que de Strasburgo me impelió á Italia á pesar de las